



**PATRICIO MEZA
GARCÍA**
Administrador
en Seguridad Pública

La crisis migratoria que enfrenta Venezuela bajo el régimen de Nicolás Maduro ha alcanzado proporciones históricas. Desde el ascenso al poder del chavismo, la desesperanza se ha convertido en una constante para millones de venezolanos que, en su búsqueda de una vida mejor, se ven obligados a dejar atrás su hogar, su familia y su cultura. La magnitud de esta emigración es tal que la Organización de los Estados Americanos (OEA) y ACNUR la han catalogado como la más grande en la historia del hemisferio occidental. Las cifras son escalofriantes. Según actualizaciones recientes de R4V,

aproximadamente 7,71 millones de personas han abandonado Venezuela en los últimos años. Tan solo de mayo a agosto de este año, 390.000 venezolanos han dejado su país, impulsados por las difíciles condiciones de vida: salarios miserables, inflación desenfrenada, falta de servicios públicos y una represión política implacable. A pesar de la cercanía de las elecciones presidenciales, la esperanza entre los venezolanos es prácticamente inexistente. La mayoría teme que Maduro se mantenga en el poder mediante manipulaciones y fraudes, prolongando la agonía del pueblo venezolano por otros seis años más. Este éxodo masivo plantea una pregunta crucial: ¿Estamos preparados para enfrentar esta nueva ola migratoria? Es evidente que aún no contamos con la infraestructura ni la tecnología adecuada para controlar los pasos fronterizos no habilitados, lo que nos convierte en un país vulnerable a un flujo migratorio descontrolado. Este escenario exige no solo una respuesta humanitaria, sino también una planificación estratégica que permita gestionar esta crisis de

manera efectiva. En diciembre de 2015, más del 30 % de los venezolanos ya planeaba abandonar su país de origen. Para septiembre de 2016, este porcentaje había aumentado al 57 %, y en 2018, según Daticorp, el 87 % de los venezolanos deseaba emigrar. Estos datos reflejan el colapso total de la esperanza en Venezuela, donde la vida se ha vuelto insostenible para la gran mayoría. Las razones son evidentes: una economía devastada, servicios públicos en ruinas, y un régimen autoritario que no duda en reprimir cualquier forma de disidencia. La realidad de la migración venezolana es compleja. Los datos de R4V sugieren que las cifras podrían ser incluso mayores, ya que muchos migrantes en situaciones irregulares no están incluidos en los conteos oficiales. El método de cálculo de la organización se basa en solicitudes de asilo y registros de refugiados en cada país, lo

que significa que aquellos que no han formalizado su estatus migratorio podrían quedar fuera de las estadísticas. Ante este panorama, es fundamental que los países receptores, incluidos los de la región, se preparen para recibir a esta nueva ola migratoria. Esto implica no solo fortalecer los controles fronterizos, sino también desarrollar políticas de integración que permitan a los migrantes incorporarse a la sociedad de manera digna y productiva. La experiencia de otros países muestra que la migración puede ser una oportunidad para el desarrollo, siempre y cuando se maneje de manera adecuada. Es importante reconocer que los migrantes venezolanos no son solo números en una estadística. Son personas que han tomado la dolorosa decisión de abandonar todo lo que conocen en busca de un futuro mejor. Muchos de ellos son profesionales altamente capacitados que, si se les da la oportunidad, pueden contribuir

significativamente al desarrollo de los países que los acogen. Sin embargo, también es crucial abordar los desafíos que esta migración masiva plantea. Los recursos de muchos países de la región ya están bajo presión, y la llegada de un gran número de migrantes puede agravar problemas preexistentes, como el desempleo, la falta de vivienda y la presión sobre los servicios públicos. Por ello, la cooperación internacional será esencial para gestionar esta crisis. Los países receptores necesitarán apoyo financiero y técnico para implementar programas de integración efectivos, y la comunidad internacional deberá asumir su responsabilidad en la resolución de la crisis política en Venezuela. La historia nos ha enseñado que las crisis migratorias no se resuelven con muros ni con políticas de exclusión. La única solución duradera pasa por abordar las causas profundas de la

migración, en este caso, el régimen de Nicolás Maduro y el colapso de la economía venezolana. Mientras esto no ocurra, la emigración seguirá siendo una constante en el futuro cercano de Venezuela, y el desafío para los países de la región será encontrar maneras de acoger a estos migrantes de manera que beneficie tanto a ellos como a las comunidades que los reciben. En conclusión, la nueva ola migratoria venezolana es un llamado de atención a la comunidad internacional y a los países de la región. No podemos permitir que la desesperanza de millones de personas se convierta en una crisis humanitaria aún mayor. Es imperativo actuar con prontitud, humanidad y visión estratégica para enfrentar este desafío y ofrecer una solución sostenible a largo plazo. La historia nos juzgará por cómo respondamos a esta crisis, y es nuestra responsabilidad asegurar que se haga de manera justa y compasiva.

La Nueva Ola Migratoria Venezolana y el Desafío de Acogerla

Los columnistas expresan opiniones absolutamente personales y no representan necesariamente la línea editorial Longino de Iquique.